

EN MEMORIA DEL
DR. D. AMANDO GARRIDO PERTIERRA



Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales, medalla número 55.

En su toma de posesión, celebrada el día 24-10-2001, pronunció el discurso de ingreso: *La unidad de la vida*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=387>

ANTONIO BASCONES MARTÍNEZ

Académico de Número de la Sección de Medicina de la Real Academia de Doctores de España

antbasco@odon.ucm.es

Recordar a Amando, el Dr. Garrido Pertierra, después de años de su desaparición entre nosotros, es un acto de reflexión de muy difícil evocación, pues, junto con su ausencia en estos años, se encuentra su imagen cariñosa, amable y cercana que siempre tuvo, lo que hace aún más difícil su evocación. La idea de la Dra. Mónica De la Fuente, Bibliotecaria de la RADE, de hacer un recuerdo de semblanzas para los académicos fallecidos me parece genial y de gran justicia, pues el legado no debe desaparecer sin que se haga patente por quienes conocen a los académicos desaparecidos.

Me viene a la memoria, uno tras otro, los recuerdos que se agolpan y quieren salir a borbotones. Debo poner orden en mis ideas para no atropellarme en esta evocación de un amigo a quien le aprecié sinceramente. Su desaparición no ha borrado su presencia; al contrario, la ha aquilatado en el recuerdo de quienes tuvimos el privilegio de conocerle.

Han pasado varios años, concretamente once, y parece que fue ayer, y esto, que parece un tópico, es una auténtica realidad. Parece que le veo entrar por la Academia, nervioso, activo, jovial y sereno al mismo tiempo, deseoso de encontrarse contigo para darte un abrazo, comentarte lo último que había surgido y los pormenores de la Academia a la que tanto quería. No pasa un día sin que me acuerde de él, de cuando le llevaba a su casa, pues vivía cerca de la mía, de cuando nos tomábamos un vino o un vermut en un bar de la esquina donde vivía, de cuando venía a las ocho de la mañana y aun antes, a mi despacho de la Facultad a traerme el queso del Bierzo, cecina, botillo, queso. Había llegado ese domingo anterior, de su casa en León y siempre pasaba por mi despacho a traerme su obsequio. Se lo agradecí siempre, por ese detalle que continuamente tuvo. Después tomábamos un café en el bar de la facultad y se iba a su casa a comenzar los trabajos de la semana . Así durante muchos años y muchos lunes.

Un día me llamó para proponerme que entrara en la Academia, lo que acepté con sumo agrado y que, gracias a sus buenas maneras, conseguí los votos necesarios en una complicada votación , pues éramos cuatro y todos de una gran altura.

Recibí la noticia de la votación estando en Múnich en una reunión científica y en el momento de recibir su llamada, tenía una jarra de cerveza entre las manos. Casi se me cae de la alegría. Todo fue por su apoyo. Son muchos los recuerdos

que tengo de él, pero con los de la alegría también tengo los de la pena. Un día me llamó para decirme que quería que le viera en la clínica. Muchas veces me llamaba para preguntarme acerca de sus análisis y yo le aconsejaba y le tranquilizaba, pues todo seguía por el cauce de la normalidad dentro de los parámetros de la edad. Pero aquel día era otra cosa. No me lo podía imaginar. Tenía una lesión en la boca y él, con su inocencia y no solo médica, sino de orden social, creía que era una llaga. Rápidamente me di cuenta de que no era así. Sin casi lugar a la duda, pensé que era un cáncer bucal y le propuse la extirpación, ya que la lesión era de un tamaño pequeño, no más grande que el tamaño de una peseta. En esa sesión procedía a su eliminación y análisis posterior que hizo nuestro académico Emilio Álvarez Fernández, que en tres o cuatro días confirmó lo que yo sabía sin casi tener dudas. La evolución fue tormentosa, pues al cabo de un año mostró una recidiva, lo que me hizo hacer una resección más amplia. Así pasaron dos o tres años con revisiones cada mes y un día acudió con una lesión de un tamaño sustancial. Le indiqué que había que hacerlo en el hospital y la resección fue más amplia. Sin embargo, al año la evolución fue tan compleja que hubo que hacerle una resección amplia con una toilette de ganglios del cuello. A partir de ese día era yo quien le visitaba en su casa. Fuimos varias veces los Dres. Arturo Romero, José María Teijón y yo a verle. Su entereza era inmensa. Su fe indestructible. Asistía a misa diaria enfrente de su casa, y sus relaciones sociales se enlentecieron por la cirugía y la evolución de su enfermedad. Esa época no acudía a la Academia, donde fue todo, ya que ocupó el cargo de vicepresidente con gran éxito y dedicación. Durante muchos años sus decisiones marcaron el paso académico de los que nos precedieron.

Tenía un currículum excelente. Licenciado en Veterinaria, Farmacia y Ciencias Biológicas y los doctorados en Veterinaria y Química. Su pasión era la biología molecular y a ella dedicó gran parte de su vida. Su formación era integral: publicaciones, artículos, conferencias, formación dentro y fuera de España y muchas cosas más que harían esta semblanza muy tediosa, y yo quiero que, sobre todo y, ante todo, queden patentes su bonhomía, cercanía y amabilidad con todos. Yo fui uno de los afortunados que gozó de estos privilegios.

Hoy, cuando el recuerdo ha alcanzado la serenidad que otorgan los años, el remanso del tiempo, la figura de Amando se nos revela con mayor claridad. Despojadas ya las emociones del dolor inmediato, permanece lo esencial: la huella de un hombre bueno, de un académico leal, de un amigo verdadero alcanzando el grado más excelso.